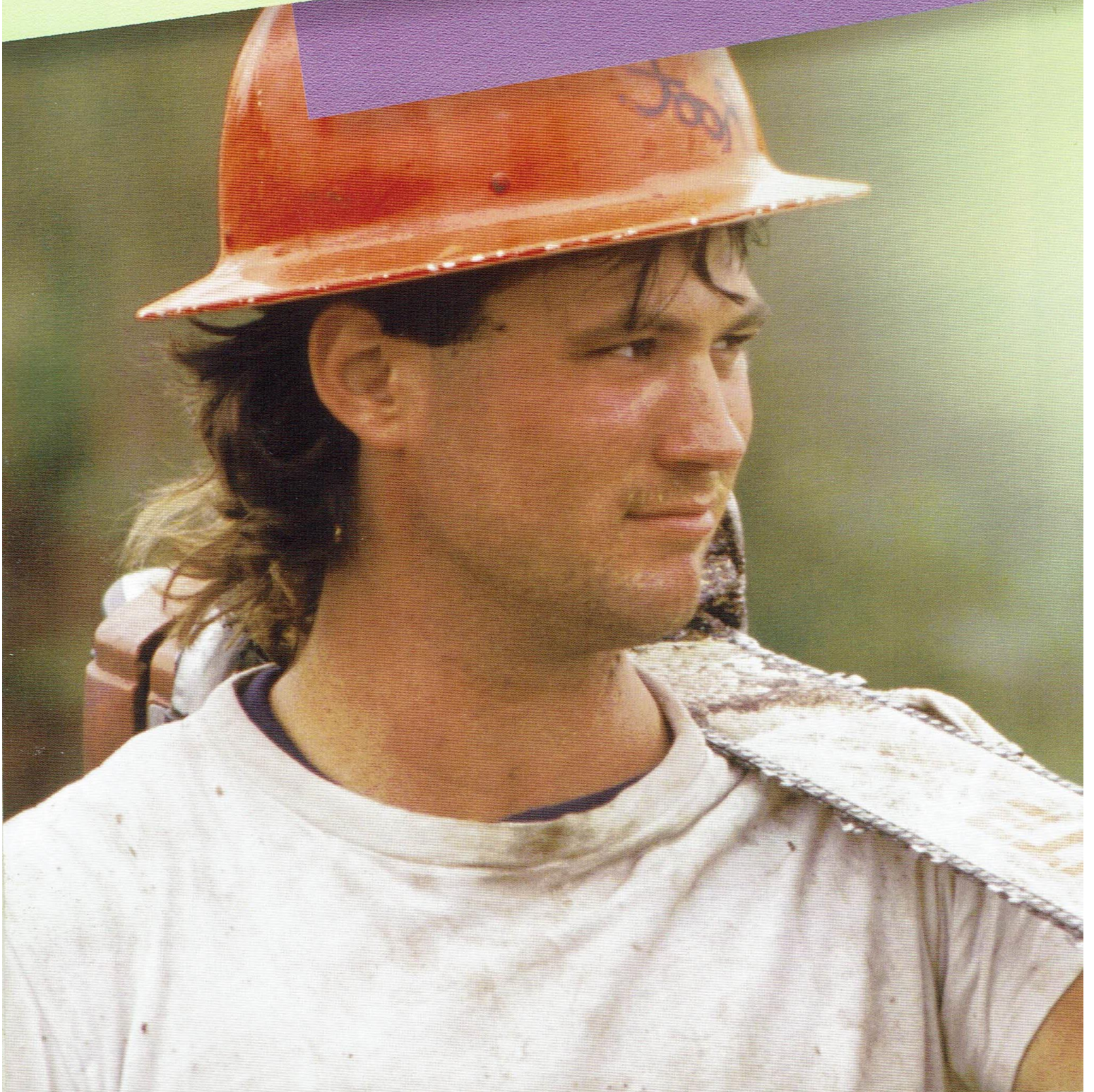


# Trabajar, ¿para qué?



# Carta 6

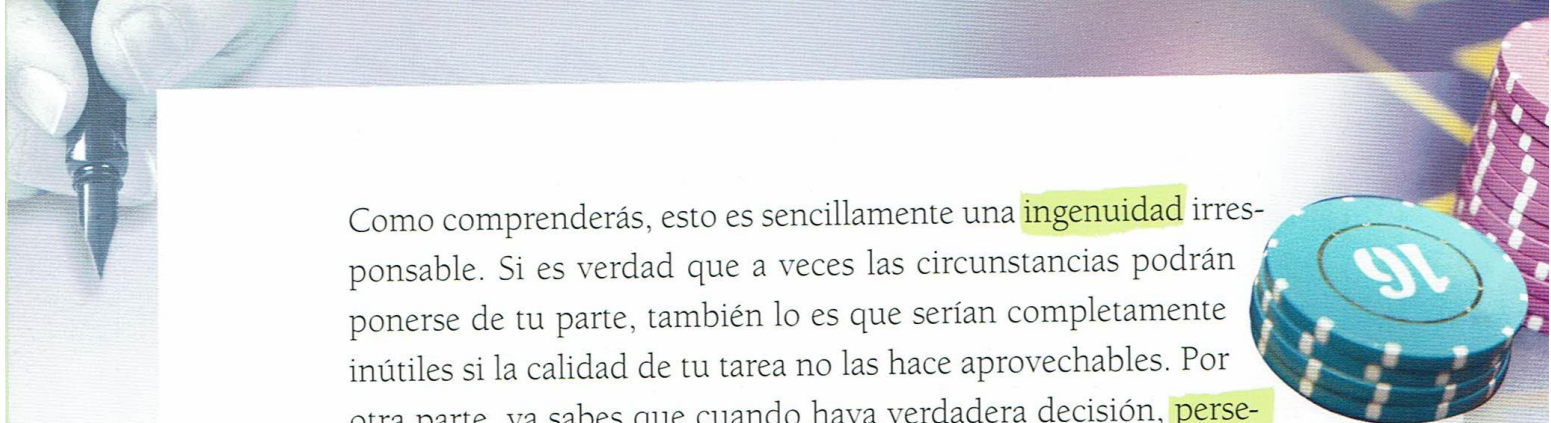
## Querida hija... Querido hijo...

Lo que voy a decirte en esta carta es de tanta importancia que si no estuviera seguro de tu atención y de tu interés en ello te rogaría que la consideraras con calma y con **sentido práctico**. Sé que lo harás, de manera que no insisto.

Quiero referirme al trabajo, a la manera como debes llevar a cabo las tareas **inherentes** a las diferentes actividades de la vida. **El éxito o el fracaso dependerán en gran parte de tu actitud ante las obligaciones que la vida vaya imponiéndote, y del espíritu con que encares las actividades y trabajos que debes realizar.**

Ante todo permíteme que te diga que a menos que cumplas con ciertos principios **referentes** al trabajo, hallarás que el éxito a que aspiras se hará cada vez más lejano. Por lo tanto, debes estar dispuesto a colaborar en la búsqueda del éxito con un incansable empeño y una seriedad constante en las tareas que tengas que cumplir.

No se te ocurra jamás dejar librado tu éxito a la casualidad. Así lo hacen muchos. Confían en que de una manera u otra **las circunstancias se encadenarán** para que ellos logren lo que esperan. En otras palabras, confían en que la suerte los favorecerá y en que un buen viento del cual no saben ni cómo, ni por qué, ni de dónde ha de soplar, los conducirá a buen puerto.



Como comprenderás, esto es sencillamente una **ingenuidad** irresponsable. Si es verdad que a veces las circunstancias podrán ponerse de tu parte, también lo es que serían completamente inútiles si la calidad de tu tarea no las hace aprovechables. Por otra parte, ya sabes que cuando haya verdadera decisión, **perseverancia** y esfuerzo, estarás en condiciones de crear tú mismo las circunstancias favorables para tu obra.

Oirás a veces expresiones como estas: “Si la **suerte** me ayuda...” o, “con un poco de suerte...” o también: “Tengo que conformarme con mi suerte”. Líbrate del peligro de sentirte inhibido por la idea de que eres juguete de un **encadenamiento de circunstancias** del cual no puedes escapar. Ni debes tampoco achacarle a la mala suerte cualquier falta de habilidad o de perseverancia de la cual tú seas responsable.

**La idea de que dependemos de la suerte participa del fatalismo, de la predestinación y es una forma actual de lo que los antiguos llamaban “depende de los hados”.** Fija desde ahora en tu mente el convencimiento de que **la suerte es un espejismo**. No existe. Por lo tanto, no caigas en la debilidad de engañarte invocándola para justificar un fracaso. Recuerda las palabras de **F. L. Emmerson**: “Yo creo a pie juntillas en la suerte. Cuando más trabajo, más suerte tengo”.

Sí, hijo mío, todo está en tus manos, con la ayuda de Dios. Si te esfuerzas como sabes y debes hacerlo, y buscas la bendición del Todopoderoso, verás cómo



las palabras “buena o mala suerte” desaparecen de tu vocabulario. Recuerda la aguda respuesta que una vez dio el escritor francés Jean Cocteau a alguien que le preguntó si creía en la suerte:

—Por supuesto —respondió—, ¿de qué otro modo puede uno explicar el éxito de las personas que no le gustan?


Dijo Trine: “No aguardes con las manos cruzadas que te caiga el bien de lo alto. Si es cierto que Dios sustenta a los pajarillos del aire, también lo es que no les lleva el grano al nido”.

Permíteme recordarte también estas palabras de Cobden: “El que espera en la suerte, tiene que aguardar hasta que cambien las cosas; el que confía en el trabajo y está siempre atento y dedicado a él, llega al cabo a cambiarlas”. ¡Cuánta verdad hay en estas palabras! El trabajo debe cambiar todas las circunstancias y conducir al éxito.

La cadena que está en uso se mantiene fuerte y brillante; la que espera, arrinconada en un lugar, que se la use en el futuro, se enmohece y pierde su temple.

Tú conoces los proverbios del sabio Salomón. Quiero recordarte aquel que expresa esta verdad: “El diligente alcanza grandes riquezas” (Proverbios 12: 27). No, no es la suerte ni son las circunstancias las que te conducirán al éxito. Será la diligencia, el esfuerzo empeñoso, la perseverancia, la previsión. ¡Qué magnífico ejemplo nos dan las hormigas en este sentido! Con razón decía el sabio Salomón, a quien vuelvo a citar: “Anda a ver a la hormiga, perezoso; fíjate en lo que hace, y aprende la lección” (Proverbios 6: 6).





Recuerda siempre, hijo mío, que no hay trabajo que sea demasiado humilde como para que no merezca ser hecho. El trabajo es tan digno como quien lo realiza. Con razón escribió cierta vez el doctor Jorge W. Crane: “No hay porvenir en ningún empleo. El porvenir está en el hombre que desempeña el empleo”.

Cuando tengas que realizar una tarea, hazla como si fuera lo más importante en el mundo, como si de esa tarea dependiera todo lo demás. Con frecuencia encontrarás aquellos que hacen su trabajo a regañadientes, quejándose de su mala suerte, descontentos de ellos mismos y de los demás, descontentos de todo lo que los rodea. ¡Qué

tremendo error! Cuánto mejor es poner entusiasmo y alegría en lo que hacemos. Cuando obramos así vemos nuestro trabajo como cosa importante y no como una rutina ingrata que hay que realizar para poder subsistir. A un hombre que estaba arreglando una vereda, alguien le preguntó qué estaba haciendo, a lo que contestó: “Estoy haciendo que este camino les resulte suave a miles de personas”. Ese es el espíritu que hay que tener, hijo mío, no lo ol-

vides. Ten presente, por otra parte, que debes realizar tus tareas de la manera más perfecta que puedas. El tiempo que dediques a perfeccionar y a mejorar la calidad de tu trabajo no será nunca tiempo perdido.

Un rico comerciante encargó cierta vez a un pintor muy conocido un cuadro que debía representar un gallo, nada más que un gallo, pero debía ser pintado con la mayor fidelidad posible. Pasaron mu-



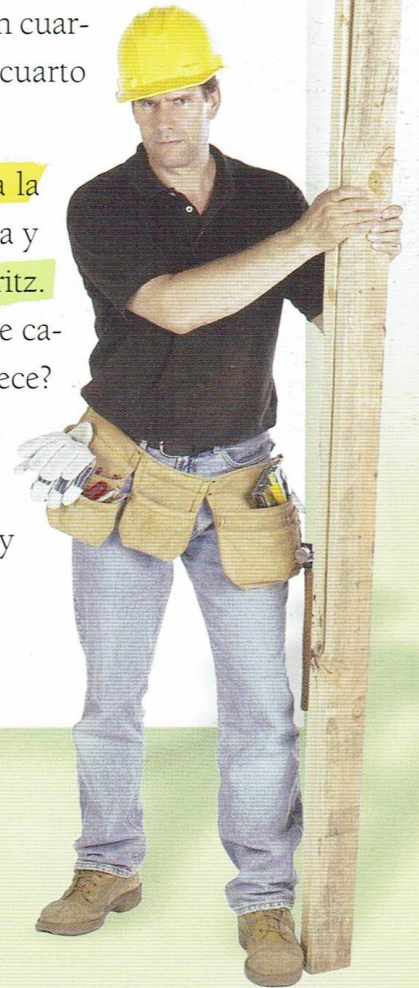
chos meses sin que el pintor diera señales de vida. Por fin, un día el comerciante fue a la casa del artista y al averiguar acerca de su cuadro, encontró que no había trazado ni siquiera una línea. El pintor le dijo al asombrado comerciante que no se alarmara, y que lo haría inmediatamente ante sus propios ojos. Efectivamente, frente al mismo comerciante, en tan solo un cuarto de hora hizo un dibujo perfecto de un gallo. El comerciante le preguntó cuánto le cobraba y el artista le indicó una suma muy elevada.


—¡Esa es una cantidad enorme! —exclamó el comerciante—, ¿por solamente un cuarto de hora de trabajo?

El pintor lo condujo entonces a otra habitación donde le mostró centenares de bocetos, en todos los cuales se veía el dibujo de un gallo. Luego dijo:

—Desde que recibí el encargo que usted me hizo hace tres años, he estado practicando hasta ser capaz de pintar un gallo en un cuarto de hora. De manera que lo que le cobro no es por este cuarto de hora, sino por los tres años de ejercicio.

Sí, el trabajo vale por la perfección con que se hace, y a la perfección no se llega sin esfuerzo. Cierta vez el violinista y compositor español Sarasate se hallaba en su villa de Biarritz. Allí recibió la visita de un crítico que no pudo menos que calificarlo de genio. Sarasate frunció el ceño y dijo: “¿Le parece? Durante treinta y siete años he practicado no menos de catorce horas diarias, y ahora me dice que soy un genio”. Ya lo sabes, esfuérgate para que tu trabajo sea perfecto y conocerás el halago del éxito.



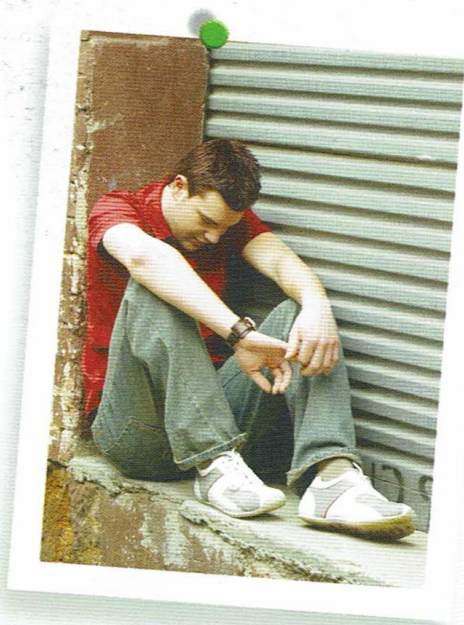



Por otra parte, no olvides que el trabajo ennoblece a pesar de la fatiga que provoca. En realidad, esa fatiga será tu mayor bendición. Pronto descubrirás, hijo mío, que son muchas las personas que tratan de evitar la acción y el desgaste que produce el trabajo y se consumen en una pereza que las hace inútiles para ellas mismas y para los demás. Volviendo una vez más al sabio Salomón, quiero recordarte estas palabras tuyas: “Para el perezoso, el camino está lleno de espinas” (Proverbios 15: 19). Es decir, es torcido y punzante. No te dejes dominar nunca por la pereza. Recuerda el caso de aquel hombre que pidió a un vecino que le prestara un taladro. Como pasó el tiempo sin que lo devolviera, el dueño fue a buscarlo. Al recibirlo de vuelta, preguntó por curiosidad para qué lo había usado. El otro le hizo entrar en la casa y le mostró varios agujeros abiertos en las tablas del piso. Luego presentó una explicación sin sentido:

—El techo está lleno de goteras. Para mi esposa y para mí era mucho trabajo estar secando el piso cada vez que llovía, por lo que he abierto estos agujeros para que el agua tenga por donde salir y nos deje en paz.

Este caso quizás no haya ocurrido nunca; sin embargo, sirve perfectamente para ilustrar el punto que estoy poniendo de relieve. Aleja de ti para siempre la modorra y la pereza. Que te consuma la fiebre de la actividad, del trabajo, de la acción.

No estoy de acuerdo con todo lo que el conde de Keyserling escribió acerca de Sudamérica después





de un viaje que realizó por esa parte del mundo. Sin embargo, hay en el libro que escribió al respecto una definición que estoy tentado a creer que se acerca bastante a la realidad. Dijo que el continente sudamericano es el “continente de la gana”. ¿Entiendes, hijo mío? Es decir que cada uno trata de hacer lo que se le ocurre, cuando se le ocurre y como se le ocurre. Además, si no se tiene ganas de hacer una cosa hoy, ya se hará otro día. Por supuesto, esto no se aplica a todas las personas, ni esta característica es tan marcada en unos países como en otros. Pero hay mucho de verdad en esa afirmación.

Que tu trabajo sea siempre tu mejor argumento. Razón tenía Enrique Kaiser para decir: “Cuando tu trabajo hable por ti, no lo interrumpas”. Un jovencito de diecisiete años fue cierto día a un edificio que estaban construyendo y pidió al encargado de la obra que le diera trabajo. No parecía ser un muchacho muy fuerte en el sentido físico y el capataz que lo observó con ojo crítico le dijo:

—Creo que no vas a poder soportar este trabajo. Es muy pesado y no podrás mantenerte a la par de los hombres de más edad.

El muchacho, que había estado observando durante un rato a los obreros, contestó prestamente:

—Sí, señor, efectivamente. Creo que no puedo hacer tanto como estos hombres podrían hacer. Sin embargo, le aseguro que haré tanto como ellos hacen.

Por supuesto, consiguió el trabajo que buscaba.





Frente a la vida —y la vida es trabajo— esfuérzate como si la existencia dependiera de lo que estás haciendo en esos momentos, como si eso fuera lo más trascendente que existe en el mundo. No rehúyas nunca ninguna actividad. Decía Teodoro Roosevelt: “Siempre que te pregunten si puedes hacer un trabajo, contesta: ‘Por cierto que sí puedo hacerlo’, y en seguida dedícate a aprender cómo se hace”.

Por otra parte, no malgastes tu tiempo en cosas intrascendentes si puedes emplearlo en la realización de obras duraderas. Cuántas veces dedicamos empeño, tiempo y trabajo a cosas efímeras cuando

podríamos estar realizando obras mucho más importantes, no solamente para nuestro carácter y para nuestra economía, sino para beneficio de aquellos que nos rodean. Hace algunos años un hombre en Nuremberg, Alemania, hizo un reloj con pequeñas pajitas. Todo era de paja: el estuche, las manecillas, las ruedas, el péndulo, etc., y todo el mundo se sentía admirado frente a esa obra. Entre el grupo de espectadores que un día observaba el reloj se hallaba un

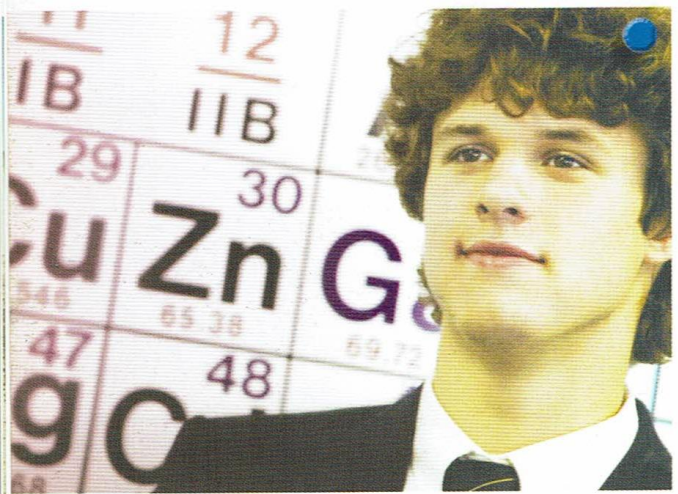
relojero suizo, quien le preguntó al que lo había hecho:


—¿Cuánto tiempo cree usted que durará este reloj?

—Dos años —contestó el otro—. No creo que pueda marchar más tiempo.

—Y, ¿cuánto tiempo empleó en hacerlo?

—Diecisiete años —fue la respuesta.





¡Diecisiete años para hacer un reloj que apenas funcionará de manera imperfecta durante solo dos años, cuando hay tantas cosas más importantes y más necesarias que reclaman nuestra acción y nuestro esfuerzo!

Dios te bendiga, hija mía... hijo mío, para que seas capaz de actuar con el verdadero espíritu del trabajo; para que sepas perfeccionar tu acción y tu obra de tal manera que lo que realices satisfaga tu corazón y beneficie a aquellos que te rodean.

Un obrero asistía emocionado al entierro de un compañero. Lo acompañaba su nieto, un niño de doce años. De pronto este le preguntó:

—Abuelo, ¿de qué murió este hombre?

—De la más bella de las muertes —contestó el anciano—, murió a causa de un accidente de trabajo.

Embelléce tu trabajo con tu buena disposición y con tu alegría para realizarlo... y la bendición de Dios estará contigo dondequiera que vayas.

